

OBRAS PUBLICADAS:

Poesía:

1. **Poemas Fundamentales:** Premio máximo del Concurso Nacional de Poesía Ricardo Miró, 1951. Ediciones del Ministerio de Educación. 1951.
2. **Ceremonial del Recuerdo:** Primer Premio Nacional de Poesía del Concurso Ricardo Miró, 1954. Ediciones del Ministerio de Educación. 1955.
Ceremonial del Recuerdo: 2a. Edición. Impresora Panamá. 1975.
3. **Sin el Color del Cielo:** Primer Premio Nacional de Poesía del Concurso Ricardo Miró, 1960. Ediciones del Ministerio de Educación. 1961.

Cuento:

1. **Il Coin (El Buen Maíz)** Premio Nacional de Cuento, Papelera América. 1954.
2. **Las Criaturas Terrestres. 1948-1954.** Impresora Panamá. Diciembre, 1975.

Sociología Médica:

1. **La Desnutrición como producto del desequilibrio económico-social de la familia.** — Mimeógrafo, julio 1964.
2. **Integración de Servicios Médicos: Hospital-Centro de Salud.** Dito. Julio de 1964.
3. **La Educación de "Grupos Vulnerables": Niños con infecciones entéricas y desnutridos.** Dito. Septiembre de 1964.
4. **Desnutrición y Anemia. Fundamentos** — Premio Científico Nestlé — Imprenta Cervantes. Panamá, 1972.

Ensayo:

1. **Sobre la Problemática. Actual de la Medicina Panameña.** — Breves Apuntamientos — Imprenta Cervantes. Panamá, 1972.
2. **La Riqueza Mental de las Poblaciones.** Impresora Panamá. 1975.
3. **Medicina de la Persona: Un signo de los Tiempos.** Impresora Panamá. 1975.

JOSE GUILLERMO ROS-ZANET



LAS CRIATURAS TERRESTRES

1948-1954

JOSE GUILLERMO ROS-ZANET

LAS CRIATURAS TERRESTRES

-NUEVE CUENTOS-

1948-1954

DIBUJO DE DE LA PORTADA POR
LORENA PIA ROS-ZANET C.

LAS CRIATURAS TERRESTRES

Primera Edición: 1975
500 Ejemplares

DEDICATORIA:

*A Milagros, mi esposa.
A mis hijos: Alma Milagros,
Vida Claribel y Lorena Pía.*

*A mis hermanos: Enilda, Edlta,
Clara Julia, José Adolfo
y José Antonio.*

*A la sagrada memoria de mis padres:
Rodolfo y Clara.*

*A la memoria de mis abuelas
Teodoro y Josefina*

*A la memoria de un amigo:
José María Sánchez Borbón.*

INTRODUCCION

NUEVE CUENTOS

Hoy doy a conocer, en forma de libro, algunos de mis cuentos, escritos durante el período comprendido entre los años 1948 y 1954. Hace veinte años los reuní con el título conque hoy se publican: LAS CRIATURAS TERRESTRES.

Son cuentos breves, láminas, cuentos-poema; o cuentos diminutos, como también los llamé. Son criaturas de la tierra y criaturas del hombre: y tienen, por eso tal vez, un mensaje y una permanencia. Es, en mí, una certidumbre.

Que lo fundamental no es la mayor extensión del cuento, sino la mayor cantidad de vida que aliente dentro de él.

Deseo aquí transcribir parte del fallo formulado por el Jurado Calificador (Arg. René Brenes, Prof. Mario Augusto Rodríguez y Sr. Moisés Torrijos Herrera) al otorgarle premio, en 1954 (en un Concurso Nacional), al Cuento I. Coin (El Buen Maíz):

"El mérito principal de este cuento radica en la indudable calidad poética de su prosa, que revela a un escritor de fina sensibilidad... El tema escogido impresiona por el hondo dramatismo de la acción, que se desarrolla en las soledades indígenas que el autor demuestra sentir y amar con profunda sinceridad. El relato, tratado mediante el empleo de frases cortas y tajantes que remedan el lenguaje fragmentado con que se expresan nuestros indios, consigue una feliz identidad con el ambiente y las circunstancias de la acción. El Jurado decidió premiar este cuento, más viñeta que propiamente un cuento, no sólo por su excelente factura sino también por la relativa escasez en nuestra producción literaria de temas similares".

Estas palabras parecen signar muchos de mis cuentos, por eso he creído oportuno transcribirlas.

Los personajes (personas) que viven (nacen, agonizan, mueren) en estos nueve cuentos, son seres sencillos; pero tienen un alma. Tienen capacidad de sentir, de conocer, de saber; y de ser.

Desde la infinita urdimbre afectiva, y desde tiempos, y lluvias, y raíces, viven sus experiencias sencillas; estremecidas experiencias del ser. El encuentro, instantáneo, fugaz, del hombre consigo mismo; en soledad.

Es cierto que todo estado de alma es paisaje y todo paisaje es estado de alma. Pero existe algo más; más profundo y trascendente tal vez. Es el ser uno con el paisaje, con el tiempo y con la infinita urdimbre afectiva. Experiencias del ser, hacia una totalidad, hacia lo uno.

Son indios, campesinos (pero hombre: ser fundamental); y todo ocurre para ser más allá de lo simple rural y de lo simple indígena. No sólo lo telúrico (violento o cayendo como una lluvia eterna), sino las médulas del ser, el hombre con su infinita trama afectiva:

LA FUGA: Sentido descarnado o desencarnado del propio acabamiento. Salvación, o sueño o muerte; o nada.

LA ESPERANZA: Aproximación a un aprehendimiento, a un como desierto interior (en medio de la lluvia y de lo vegetal extremo); esperar una espera. El sentimiento de abandono, y un oscuro abandono. Pero quedan las fuentes —¿arquetipos?—, la esperanza.

HUESOS: La muerte de los seres con los que compartía su existencia lo acercan a sí mismo; pero sólo para sentir la soledad. Y ese doloroso aprehendimiento sólo puede superarlo reintegrándose a la madre tierra: Hunde las manos en el barrial y come de esa tierra amarga...

CASI ARBOL: Experiencias de ser uno con el mundo circundante. Reintegración a lo primordial genésico. Hacerse uno con el árbol, con lo vegetal. Son experiencias del ser frente a un comenzar a morir.

LA CULEBRA: Sentimiento del yo ante lo desconocido; ante los arcanos del sueño. Y una alegría infinita que surge más allá de lo corporal doloroso.

EL ALBA SE HIZO CON UN LLANTO: Experiencia con la soledad y el silencio; y de un alumbramiento cerca de la naturaleza primordial de las cosas. Luego la dulce compañía: El hijo y el llanto del hijo.

NI OLO: Recordar, revivir la cercanía de Ni Olo, para sentirla. En el fondo, la experiencia dolorosa de la separación. Pero surge luego un elemental, pero trascendente consuelo; desde el agua.

BAJAN LOS CADAVERES: Más allá de lo material que parece unir a los tiradores de dinamita (la pesca), ocurre la comunión frente a la visión de la muerte. Sin hablar, sin cruzarse palabra alguna, abandonan lo material, y se unen, vivencialmente, en el temor y la plegaria. Bajan las aguas funerarias, bajan; que antes se dio un suceso oscuro: la existencia del mal.

I COIN: Lucha interior. Más allá de lo profundo monológico. El amor a la mujer y a la tierra. Ligadura temporal e intemporal. Urdimbre. Palabras primordiales que nacen, y crecerán y seguirán. El ser retorna como desde un desamparo, porque permanece el amor.

Queden estas breves notas como señales en el tiempo, y como claves en el cuerpo y la historia de una viva porción de mi quehacer literario: el cuento.

JOSE GUILLERMO ROS-ZANET

Panamá, diciembre 1975

DOS JUICIOS CRITICOS

"José Guillermo Ros-Zanet, médico de profesión, ha publicado tres libros poéticos —todos primeros premios del Concurso Miró—, a saber: *Poemas Fundamentales* (Origen y Signo) (1951), *Ceremonial del Recuerdo* (1956), y *Sin el Color del Cielo* (1961).

Hombre de tensa sobriedad, construye con la máxima economía.

.....

Ros-Zanet escribe también cuentos, y ha publicado varias monografías de carácter profesional".

RODRIGO MIRO

(De "La Literatura Panameña (Origen y Proceso)". Págs. 253 y 254. Imprenta Trejos Hermanos. San José, Costa Rica, 1972).

"José Guillermo Ros-Zanet, 1930, fue premiado en un importante concurso nacional, el Ricardo Miró, cuando aún era estudiante de cursos secundarios. Y sorprende que su primer libro, "Poemas Fundamentales", Panamá, 1951, obra de un joven, muestre a un poeta con tanta formación y dominio del ejercicio poético".

ARISTIDES MARTINEZ ORTEGA

(De "La Modalidad Vanguardista en la Poesía Panameña — Estudio y Antología—", Pág. 64. Edic. Imprenta Universitaria, Panamá, 1973).

LA FUGA

El río parla su canción fantástica. Miedo. Sombras. Gritos. Gestos. Es como si algo maligno tomara forma en la infinita negrura del espacio que ahora alumbran tan sólo cuatro cirios presentidos.

— * —

Suma de pasos en medio de la noche, de esta noche en que las cosas se miran como cuerpos inconclusos y se aroman de negras y remotas letanías —del pez sin corazón y sin arterias, y deshabitados los ojos.

En mitad de la noche, arañas de vientre abultado surgen de un fango pestilente, y mariposas de alas traslúcidas introducen en la sangre una muerte amarilla... Bejucos terribles se tuercen inquietos; huelen la sangre... Silbidos hirientes hurgan el misterio de la noche, y su origen se pierde entre raíces huecas, donde quedará dormitando, en oscuras glándulas, la muerte —amenaza redonda en los ojos de las aves nocturnas.

— * —

Dos perros flacos, con hiel y ceniza en los ojos, aullan tras la sangre de un hombre herido que huye. Sangre de piedra milenaria le corre por el brazo derecho, lenta, mezquina; casi negra. El machetazo es hondo y largo, es como una sonrisa fría que dibuja la carne.

Suma de pasos en medio de la noche... Hombre, sombras, gestos... Las hojas son ásperas lenguas a su paso en desequilibrio, que insinúa un doblarse ya cercano... Lleva cal viva en los pies y arena menuda en los ojos. Sueño calenturiento en los ojos. Sueño agrio en los ojos. Sueño lejano en los ojos...

Ahora no siente dolor en la herida; pero le hiede, como si tuviera una gusanera... Pero eso no le importa, pronto llegará al rancho de Pedro Santes. Si se apresura un poco llegará en la madrugada; lo importante es cruzar "Paso Hondo" lo antes posible. Sí, Pedro sabrá curarlo, que para estas cosas tiene buena mano.

Ya está lejos de la finca. ¡Maldita finca! Ya está lejos, bien lejos... ¿Habrá dejado de buscarlo? Que sigan, que sigan; ¡no lo encontrarán! Ya habrán enterrado al viejo, pero aún tendrán alboroto, como que era rico...

¡Empatado!

— * —

Su mujer era sólo para él, y él para su mujer; nadie más iba a tocarla.

Llegó a tiempo a su rancho, y, lleno de cólera, se lanzó a defender lo suyo..., su mujer.

Jamás pensó en matar, pero el viejo, soltando a la hembra, agarró el machete y le tiró un "relance" que por poco le parte el brazo. Fue entonces cuando su brazo sano se levantó solito, esgrimiendo como un signo pavoroso el afilado "colín". Y...

Chuzo de víbora, el machete, blanco y clarito, cortó la carne y el hueso. Delgado pellejo sostuvo la cabeza que se zarandó pegada al tronco, como un péndulo que mecían los dedos de la muerte. El hombre —decapitado— permaneció erguido sinistramente unos instantes; agarrábase, instintivamente, el rojo círculo del cuello, donde pequeños manantiales brotaban violentos, tiñéndole los dedos que se hundían en la carne caliente, humeante, en una agonía desesperada; mientras le crecía en el pecho, en extraña floración, una rosa escarlata.

Fueron mil silencios, mil ansias secretas; oculta rebeldía que iluminó de pronto con roja llamarada. Mil nervios y una sangre que se levantaron en la mano de un hombre...

Con el rostro inexpresivo, su mujer le dijo: —Huye, de todas maneras te castigarán...

Y él lo sabía, tenía que huir..., huir... Ellos se encontrarían

Ahora siente una extraña debilidad que le crece en lo más oscuro de su ser, y que le llena el cuerpo como una caricia helada.

Paso Hondo... Crecido. Turbulento... Agua, noche, nada...

Pronto llegará al rancho de Pedro Santes, él le quitará ese frío necio que le golpea a ratos el pecho desnudo; también le curará la herida..., ya no le duele..., no le hiede..., tiene frío.

Allí está Pedro Santes, se ha levantado muy temprano... o... ¿irá a amanecer ya?

Mira con los ojos entrecerrados, porque le pesan los párpados, porque le duelen. La fiebre de la gangrena le pone ceniza oscura en las pupilas y le muerde la carne con dientes de frío... Vive un mundo distinto..., distinto... Noche, sombras, gestos. Nada.

— * —

¡Ahogado!

Mecido grotescamente por la suave corriente del río, enredado en una empalizada, hay un hombre. —Blanca la piel, más blancos los ojos, hinchado—. Le falta el brazo derecho; tiene sólo un muñón de carne blanca, que muerden, voraces y a ratos, las sardinas.

David, Chiriquí, 1948

LA ESPERANZA

*"Ahora se iba aquel que llevaba la
lluvia en los ojos y arrastraba el
paisaje en la sangre".*

Miguel Angel Espino.

Un silencio de adioses por la tierra; ¡eterno!

Y en los jujucales nocturnos los "babillos" eternizan su
canción de siempre, como un salmo de inútil esperanza.

Hoy, ayer, mañana, siempre:

Todo vive en la espera,
todo sufre en la espera,
todo vive, sufre, espera.

Sentado en los escalones del tambo, el viejo Christopher
espera..., espera una esperanza.

—God don't stand by me.

Y en los bananales florece un como cántico triste, amasa-
do con sudor y voces negras; antigua, oscura mística antillana
que pone sal de lágrima en los ojos de los hombres sonámbu-
los.

Y el viejo Christopher espera..., espera una esperanza.

En un tiempo que perdióse en la distancia, lejos, demasia-
do lejos, edificaron los hombres negros su esperanza; en la
tierra sin individualismos, en la tierra de la araña y del nardo,
en la tierra del junco y de la oruga; allí donde nacen las fuentes
de nadie...

Pero los hombres blancos destruyeron la casa del hombre negro cuando todo era verde... Hoy vive el verde —plantíos infinitos—, pero no la esperanza.

Y el viejo Christopher recuerda y espera..., espera una esperanza.

La repelente filaria le comió la luz de sus ojos turbios; pero hoy lleva una nueva luz en los ojos. Luz de espera que lo guía hacia su raza, hacia su clima eterno, hacia una esperanza hecha de pequeñas desesperanzas que torcieron su canto solitario de árbol mudo que crece en la espesura.

Y en la noche fantástica nadifican su forma los tallales, humedecidos de secretos silencios... Y, entre la sombra y la hojarasca, cae la lluvia, ancha, delatada, eterna.

Agua. Agua. Agua. Aguaaaa...

Agua que llena de música remota y doliente los oídos del negro; agua que rueda por oscuras gargantas; agua que recorre la selva como viva forma...

Y bajo el conjuro milagroso de la noche, y como si cada cosa en el tiempo lo llamara a la vida, el viejo Christopher sonríe a la lluvia:

¡El espera su esperanza!

Bocas del Toro. Abril de 1949

HUESOS

*"Aquí se perdió alguien, se hundió,
se murió alguien; algo que estas cos-
tillas, que estos huesos saben callar o
ignoran".*

Rafael Alberti

— * —

Y no es que en las noches las almas
desanden sus pasos, es que la tierra
devuelve los huesos curtidos de vege-
tales humedades. Es el fósforo
infinito que levanta su nombre en ese
infierno de negrura y de silencio, de
cadáveres y espanto.

— * —

J.G.R-Z.

Densas nubes de insectos se levantan desde el vaho lento del tremedal...; la tarde se llena del punzante susurro de sus alas. Moscardones verdes, avispas verdes, libélulas verdes, y, verde también, la espantosa mantis del vuelo torpe. Es como si allí solamente pudiese vivir lo puramente vegetal...

Y es angustioso todo ese verde violento, todo ese rencor inmenso de la clorofila. Organismos primarios, algas viscosas y miríadas de infurios, pueblan la linfa pútrida del pantano, cuyas emanaciones huera se levantan entre los yerbajos, entre los juncos y las "jujucas", en nubecillas tenues.

El hombre, oscuro, camina por el roquedal —piedras limosas y arenales pardos cubiertos de hojarasca—, remotas

orillas del pantano, y, ahora, escondrijo de animalucos repelentes: arañas asquerosas, escorpiones verdes, lagartijas veloces y sapos hidrópicos; allí donde la coral negra deja la muda de plata en las noches menguadas; allí, oscuros socabones, donde dormitan juntas el infierno del hartazgo, la iguana de vientre abultado y la bocaracá de colmillos fulminantes...

Y crece la tarde como un gemido bárbaro...

El cholo camina lentamente, y sin esfuerzo vuelve a revivir las horas dolorosas... Muchos días atrás, pero..., recuerda...

Se levantaron la nubes, y el cielo se volvió negro. Vinieron los chubascos interminables. Y en medio de la montaña los ranchos tiritaron la furia del vendaval...

Días largos, demasiado tristes...

Se hincharon, terribles, los ríos y las quebradas, y los "siembros" se hundieron en las aguas turbulentas. Árboles gigantes rodaron por entre las rejollas, cogidos, desenraizados por el abrazo poderoso del chubasco y la dentellada eléctrica de los rayos aligeros... Y fueran largas las noches menguadas.

Sólo días después se sosegaron los montes, y una garúa tenue siguió humedeciendo la tierra.

Y aquella mañana...

— ¡Manyí! ¡Manyí! Taremoy.

Esas fueron las únicas palabras de su pequeño hijo. La calentura amorató su cuerpecillo magro.

¿Cuánto tiempo estuvo quejándose? ¡Fue poco!...; lo mató el vómito prieto que dejaron las aguas asesinas... Luego fue su mujer...

Ella duró más... India curtida en las duras faenas de la vida, no se doblegó ante el primer empujón de la muerte... Fueron dos noches terribles. Solo, al pie del camastro de cañas jiras, vigilante, mientras allí cerca, bajo un montículo de tierra negra, yacía su hijo...

— Fiebre de aguas negras...

Le dijo su mujer, entre las angustias del vómito y el temblor de la calentura.

— La medicina 'ta lejo' — contestó él, y ella, con resignación en los ojos:

— Y el Huaturí 'ta crecio.

Un hedor agrio llenó el interior del rancho.

Al amanecer de ese día murió su mujer, en medio de un vómito espantoso, último. Y otra vez ese hedor repelente le golpeó el olfato... Entre las piernas de la muerta, un bolsón trágico chorreó un líquido sanguinolento, bajo la cama, en la tierra húmeda del rancho...

Cavó el hueco en silencio. Caía una garúa fría y un ventiscelo triste bajaba desde el monte y gemía entre los árboles. Enterró a su mujer y volvió al rancho, como un sonámbulo. Cogió el machete y se alejó en silencio.

Ahora ya hace muchas horas que camina; ya aprieta la "oscurana"... Se siente enfermo..., tiritita y una extraña pirosis le araña el vientre..., pero no es la malaria, esa malaria perniciososa que desde hace tiempo lleva en la sangre...

Y comprende, entonces, toda la dolorosa verdad...; lleva adentro el "bicho" de las aguas negras. Por un instante siente miedo; pero sigue caminando, como para cumplir un destino irrevocable. Se detiene de súbito. El vómito sube desde lo hondo, y un frío violento le golpea la nuca. Casi cae de bruces, pero sigue camando; pero otra vez el vómito, y otra vez; un vómito prieto y hediendo. Entonces se arrodilla sobre la tierra, y en los ojos se le pinta una soledad infinita.

Allí, cerca a los yerbajos y al canto en sordina de los batracios, el hombre se dobló sobre la tierra, y con la angustiosa certidumbre de su ya próxima, irremediable muerte, hundió las manos en el barrizal y come de esa tierra amarga. Cumple en mitad de la noche y el silencio un rito aborigen, doloroso y bárbaro..., y luego se quedó inmóvil con la cara pegada al lodo prieto, como una nueva y extraña dación de la tierra.

En los tallales cercanos se levantaron luces blanquiazules, como ojos de incendio. En los esteros cundió un aliento con olor a mortecina y sangre, como un secreto de sombras petri-

ficado, hecho amenaza en las "ñangas", en la marisma pestilencial y tóxica.

Ya entonces el inmenso rezongo de la tierra crecía como un desangre, y crecía también, escondida y lejana, la estatura soberbia de monolitos insepultos, y eran los huesos de animales como ojos en la tierra, y el río tenía una extraña voz de cansancio; y los árboles, no sé qué lejana amenaza indomable.

Y cada segundo en la tierra subía la luna la comba aterradora, al par que los grillos giraban sus alas traslúcidas, lunadas... Pero era una sólo la palabra en la noche, en la tierra, en el tiempo, en las hojas:

¡Huesos! ¡Huesos! ¡Huesos!

Así murió Pedro Sinca, el cholo malárico, en el silencio angustioso de las sombras. No se oyó siquiera el graznido lúgubre de las aves nocherniegas, ni el aullar lento de los perros nocturnos; ni la melopea terrígena de las flautas indias... Sobre la tierra el hombre y, bajo la noche, el aliento verde de la clorofila; allí donde más tarde se levantarían pálidas fosforescencias, en el silencio de las noches menguadas.

Panamá, 1951

CASI ARBOL

Tornó a oírse el canto. Y subió el aroma despedazado de los pastos, y el agua. Toda la tarde estuvo la lluvia sobre la jujuca, y allá, cerca a los "criques", el yerbazal se dobló en trillo suave; pero fue el paso lento de la boa.

Ahora, con la noche, caen unos frutos, y maduran otros. Pero el indio no oye.

Hoy, como ayer, los cuernitos de la luna dicen que habrá lluvia, y que el San-San crecerá. Pero el indio no recuerda.

Y cuando caen las hojas, y los frutos, y la lluvia, las cosas se parecen a la palabra nedani. El que muere. Pero el indio lo sabe. Y, bajo los bejucos, está sentado en cuclillas. Y no siente la humedad de las ropas. Solo, sólo mueve los labios. Ya casi no siente el amargo indescriptible, violento, del "bejuco estrella". Y, en silencio, sigue masticando la corteza repugnante. Así, así en cuclillas. Toda la tarde. Que casi no corra la sangre. Que casi no corra el veneno. Que casi corra su saliva, espesa por el jugo de la corteza amarga. Recuerda que después de sentir, casi sobre el párpado izquierdo, el golpecito terrible de la viborilla "mano de piedra", corrió, corrió hacia el corazón del monte; corrió a encontrar el bejuco amargo.

Tiene miedo de tocarse la cara. Tiene miedo de sentir la hinchazón. Pero es que todo lo siente distinto. Es como si todo estuviese demasiado lejos, o demasiado cerca. A ratos siente como si interiormente fuese árbol. Hace poco, con cuidado, tocó el árbol al que está recostado, y sintió que su brazo y el árbol eran una misma cosa. Y, hace poco también,

pasó, rozándole la cara, un capacho, y sintió, entonces, como si parte de él mismo se hubiera alejado tras el vuelo negro del pájaro.

No quiere dormir, pero el sueño lo rinde; pero el cansancio lo rinde.

Y ahora, con la noche, ha vuelto la lluvia, y allá, en un aguazal cualquiera, lejano, ha comenzado el grito de los babillos.

Y ahora, con el sueño, el indio revive el momento de la "picada", y siente que sus manos y su espalda y sus pies son como la corteza del árbol al que está recostado.

Y llovió toda la noche, y cayeron unos frutos, y nacieron otros. Y nacieron unos frutos y cayeron otros.

Y ahora, con la mañana, la yerba que ayer agobió el paso lento de la boa, ha tornado a levantarse. De los "criques" se alza un vapor blancuzco, y entre los verbajos vibra el vuelo agitado de los caballitos del diablo. Aún no bajan las aguas lodosas del San-San. La mañana sale casi de entre los árboles.

Y de la montaña, del corazón del bejucal, sale un indio. Lleva, pegada al rostro hinchado, una extraña sonrisa; es casi una alegría vegetal.

Bocas del Toro. Octubre, 1952.

LA CULEBRA

Amanece en las plantaciones. La mañana sale verde de tallos y de lluvia. Entre los "madrecacaos" se abre el grito acuático de las oropéndolas; también la salmodia antillana de los cortadores... Hay un olor agrio metido entre el hojarascal... Y, aquí, allí, acá, allá, dibujándole contornos al horizonte mañanero, el verde mayor del abacal. Son verdes los cuatro puntos cardinales. Amanece...

Con la angustia, nuevecita, del mal sueño pegada a la espalda, al pecho, el indio baja las escaleras del "tambo"... Anoche soñó que lo picaba una culebra. Y él sabe, como lo saben todos los indios, que si va a trabajar al tallal, hoy, lo morderá alguna víbora. Sí, él sabe, como lo saben todos los indios, que hoy no debe ir a trabajar; porque si lo hace se cumplirá la maldición del sueño. Pero él sabe, y esto no lo saben todos los indios, que los hombres blancos, los suliá, también sueñan con culebras, y van al monte, y no les sucede nada. Pero él sabe, y esto lo saben todos los indios, que debe ir a trabajar; y más ahora que ya están cerquita "las vacación". Pero él no debe ir a trabajar; no debe desobedecer el aviso del sueño. Se sienta bajo el tambo. Piensa muchas cosas. Y se repite interiormente: —Ti ñaga to siribire (Yo no quiero trabajar). —Ti ñaga to siribire (Yo no quiero trabajar). Pero... Allí va por un sendero, hacia las plantaciones de abacá. Lleva la cuda en el hombro izquierdo, y el machete en la mano derecha. Con los ojos va midiendo cada paso por entre el trillo. Va desgranando interiormente algunas de las enseñanzas del viejo cura Thompson:

—Ti cobobu ti nubú lle uentié ron n'bo. Mo do coin Mo co coin mende coin Mo ñú coin Mo dobó coin Ti quenere

come quenere con jurá ti bodo Ti ñaga to con jurá Ti bodo.
Ti cobobu Ti nubú lle uen tié ron n'bo.

(Señor mío y Dios mío, dame valor. Tu buen corazón; tu, alto cielo; tu, buen agua; tu, buena tierra, yo soñé un mal sueño y tengo miedo, y no quiero tener miedo. Señor mío y Dios mío, dame valor).

Compañero del miedo, llega al "corte" y comienza a trabajar. No puede dejar de pensar en el mal sueño. Tiene la certidumbre, clarita, de que será castigado por desobedecer lo que ese sueño le dijo. Y sus ojos lo miran todo, lo miden todo. Trabaja, trabaja. Hoy ha comenzado a sudar desde muy temprano. Ahora se da cuenta de cosas que antes apenas si veía, o apenas si pensaba en ellas. Al desprender algunas hojas de los tallos, ve caer grandes y blancos alacranes que se pierden, furiosos, entre la hojarasca húmeda. Ve las grandes y venenosas arañas, y con la hoja del machete las aplasta extrañamente... Se detiene un instante para mirar las contorsiones, la omega verde, de un "gusano medidor". Pero sigue, sigue cortando los tallos maduros; con el sueño adentro, abriéndole senderos al miedo. Y así van pasando las horas. Ya ha terminado varios surcos del "corte". Ahora ha llegado a una parte bastante clara; aquí los "matojos" de tallos de los surcos están limpios. Alrededor de ellos no ha vuelto a cerrarse, aún, la "ronda". Seguramente que no hace mucho que aquí limpiaron los catrachos. Y respira a todo pulmón. Mira por entre los surcos. Allá, más adelante, ve a Santos "deshijando" y deshojando los tallos maduros. Ve cómo Santos maneja con rapidez y precisión la larga vara en cuyo extremo superior va la afilada coa. Ese filo corta como navaja nuevecita. Piensa que Santos es un buen trabajador. Entre los surcos ve también el paso lento de las mulas que "sacan" los tallos; desde el corte, hacia los rieles. Tras él, a su lado, van otros indios. Van cortando otros surcos. Ellos le hablan, él contesta... No les ha dicho lo del sueño... Cerca de él, sin que lo oiga el "forman" seguramente, un indio ha comenzado a canturrear: —Uean chi Siribí chi (poquita plata; poquito trabajo). —Uean chi Siribí chi (poquita plata; poquito trabajo)... Y siguen cortando los tallos maduros. Piensa que su nitrá corta bastante. Piensa que los

tallos, cuando caen, parecen hombres borrachos, y piensa que Santos deshoja bien, porque los tallos no quedan enganchados... Y regresa el recuerdo del mal sueño. Mediodía... Aún no ha visto ninguna culebra. Y, a medida que pasan las horas, se le agranda la certidumbre de que el sueño habrá de realizarse. El miedo le crece en la raíz de la nuca, en el pecho, en la espalda. Y viene la tarde, y sigue cortando. Quisiera verlo todo. Quisiera que todo estuviese limpio, clarito. Ahora piensa que no debió haber venido. Está en el centro del corte. Delante de él van dos indios... Se lo pasaron. El surco que él está cortando ahora "va tupido"; también, el monte. No debe quedarse atrás. Ya falta poco para el fin de la faena de hoy. Y le van creciendo la angustia y el miedo. Sabe que en estos últimos instantes habrá de sucederle la cosa...

¡Y queda como piedra! ¡Como riell! Un frío violento y agudo se le metió en todo el cuerpo. Ha oído el grito infundible:

—Colebra come (Culebra mala).

—Colebra come (Culebra mala).

Lleno de miedo, acierta a ver, rápida entre la yerba que lo rodea, el cuerpo lustroso de la "terciopelo". Se dirige hacia él. Lleno de miedo, no se mueve. Tiene el machete en alto. No debe dejarse sorprender. Ya la ha visto. Agudiza la vista, el oído. Los demás indios corren tras la víbora. Gritan, tratan de cercarla. El está en el centro de la ronda. Y apenas si oye esos gritos. Quisiera más ojos. Quisiera oídos sólo para oír la ondulación de la terciopelo. No debe dejarse sorprender.

—Colebra come. —Colebra come.

Está muy cerca de él. Alguien la ha visto nuevamente. Alcanza a oír un grito más alto. Y siente entonces un dolor agudo en el talón. Un grito de angustia se le seca en los labios. No la vió. Ahora sí la ve a varios pasos delante de él. Y ve también cuando Alfonso la parte en dos. Ya no picará más.

Con dolor baja la cabeza para verse el talón, para ver la mordedura. Pero lo que ve es mucha sangre y un gran tajo. Santos había visto la culebra por allí cerca, y había lanzado

con gran fuerza, como un fisga, la vara de deshojar y, mala puntería, le había dado a él en el talón, haciéndole una herida violenta. Allí le amarraron unos trapos, para atajar la sangre. Lo montaron en una de las mulas cargadoras. Y allí va por entre los tallos, como un condenado. Corre hacia el lejano "Dispensario". Las hojas de los tallos, los tallos, las hojas de los tallos le golpean a ratos la cara, el pecho, los hombros. Y él sigue corriendo, y pintando con sangre el ijar izquierdo de la bestia. Pero lleva en el rostro, en el pecho, una infinita alegría: porque, respirando a todo pulmón, piensa, y quisiera gritarlo:

— ¡No me picó la culebra! — ¡No me picó la culebra!

Allá, a lo lejos, por el sendero que abren los rieles y los linderos susurrantes de los cortes del abacal, se ve la casa gris del Dispensario.

Panamá 1952

EL ALBA SE HIZO CON UN LLANTO

*"...con la nocturna sangre flotando
entre agudos violines de gemido y un
llanto primordial".*

Werner Ovalle López.

Casi lejos, donde comienza el viento y la neblina comienza, las hojas y las raíces y los frutos empezaron a llenarse de regresados silencios.

Casi cerca, donde comienza la tibieza del rancho y la fatiga comienza —porque desde tres antiguas piedras sube un humo a pintar las nervaduras secas de las pencas de "chonta"—, empezaron a nacerle silencios a ciertas cosas; allí, en una vara del rancho, está colgada el agua endurecida de un espejo; aquí, en este rincón, las mazorcas de maíz son un montoncito amarillo de silencios; allá, arriba, igualmente silencios, las moneditas de oro del arroz; acá, afuera, la humedad decapitada del "bajareque".

Y ahora ella estaba sola, rodeada de silencio. Y todo esto sucedía porque su hombre había muerto... El había regresado desde muy lejos, y, entonces, ella había sentido una gran alegría como naciéndole de entre los senos... Y él empezó a contarle cosas, y ella empezó a escucharle... Y una noche —y así otras noches—, ella despertó acariciada por el peso deseado del hombre, y abrió sus muslos duros y tibios, y luego sintió una gran alegría como naciéndole de entre los senos, y en la raíz oscura del vientre, donde la vida comienza, como una sed, como una boca. Y después ella soñó, y soñó...

Y así la vida, y así la alegría sencilla de los indios. El le contó que había trabajado en un lugar de la costa donde hay muy grandes plantaciones de guineos, muy grandes embarcaciones, muy grandes carros. Y ella empezó a imaginarse cosas. Y ella soñó muchas veces que caminaba por entre grandes plantaciones verdes, y que veía crecer los tallos hacia unas grandes, muy grandes aguas, y que arrancaba uno de esos tallos, y que había ruidos vegetales, el viento, la lluvia, las grandes aguas...

Y así los días, y así las noches. Y empezó a crecer, nuevamente, el maíz. Con la lluvia se hicieron los días, las semanas. Y se hizo, redonda, una luna; y se hizo, redonda, otra luna. Y, entonces, él empezó a no decirle nada, a no hablarle nada, a no contarle nada; ni con los ojos ni con las palabras. Y ella soñó que caminaba por entre grandes plantaciones verdes, y que veía a su hombre como volviéndose verde, verde y llenándose de silencios; porque ya esos vegetales no crecían como antes; como su hombre, estaban angustiosamente llenos de silencio.

Y así las cosas, y así los días. El regresaba, con la tarde, del maizal, trayendo un manojo de hojuelas. Allí, cerca a las tres piedras negras del fogón, las dejaba. Y ella, sin hablar, las hervía, y, sin hablar, dejaba luego, junto a las piedras, en la "totuma", el jugo amargo. Y él, en silencio, en la noche, tomaba, tomaba con desesperante lentitud, como la angustia... Y en la noche crecía el silencio, y crecía el ramaje negro de otros sueños, y el miedo.

Y así, una mañana, ella lo halló muerto, a un lado de la puerta abierta del rancho. Y ella supo entonces que, en adelante, ella tendría que cuidar el maíz, el yucal. Y a ella le dolía que su hombre se hubiese ido así.

Y se hizo, redonda, una luna, y otra, y otra más. Cada noche ajuntó con ella su desalada soledad... Pero una lejana esperanza empezó a llenarle, pequeñita, el pecho. Su vientre creció, como crecen los frutos rojos del "nexpayi", cuando cesó la lluvia y amanece...

Estaba lavando. Recién amanecían las horas sobre la piel del agua. Sintió, entoces, que caían muchas hojas, y que mil

ruidos pequeñitos venían y hurgaban por entre todas las pequeñas cosas que la rodeaban. Y miró hacia el centro verde del río, y le pareció ver que las aguas corrían hacia arriba, regresaban. Cerró los ojos. Y sintió, lejano, el rumor lejano de la lluvia. Y todo esto pasaba porque dentro de ella, en su vientre madurito como los frutos rojos del nexpayi, algo se movía, para caer. Y lo sentía clarito. Y miró hacia la loma, y vio el sendero, y vio, pequeñito el rancho. Y pensó en el río que quería regresar. Y los ruidos pequeñitos seguían hurgando entre las cosas; los sentía en sus pies; los sentía bajo la falda; los sentía entre los senos... Después los ruiditos subieron el sendero, como arañas diminutas...

Y así las cosas, y así los instantes. Y, más tarde, pensó que todo había sido como un regreso. No podía recordar aquellas cosas. Todo fue oscuro entonces. Oyó algo, y ahora no atinaba a precisarlo; fue como el lloro de un animalito salvaje... Pero todo esto sucedía porque ahora, entre sus brazos, sostenía a su pequeño hijo. Y pensó que ya no estaría sola con el silencio. Volvió a mirar hacia el centro del río; ya las aguas no querían regresar. Y así, poco a poco, empezó a subirle la alegría alada del alumbramiento.

Y allí estuvo un buen rato, así callada, así mirando. Ya no sentía los ruiditos. Junto a sus pies estaban, con sus vientres de plata, las sardinas... Se levantó luego con el hijo entre los brazos. Sentía en las caderas el dolor desencajado del parto. Y subió, subió, subió la loma. Y regresó, regresó, regresó al rancho.

Prendió el fogón. Ardieron los capullos de maíz, ardieron las ramas secas de "corotú". Y todo esto pasaba porque ya no estaba sola; porque ya le había nacido el hijo. Ya maduraban las horas sobre la piel verde del agua. Ya no estaba sola.

Pero empezó a sentir miedo. Porque ella deseaba que AQUELLO sucediera; lo deseaba hondamente, como un dolor. Quiso recordar todos los instantes del alumbramiento, pero no pudo. Se dirigió hacia el camastro. Con cuidado, se acostó al lado de su hijo. Se sacó el seno izquierdo, y se lo dio. Y él estuvo así pegadito. Y ella lo miraba. Y él así pegadito, callado, callado. Y entre el corpiño, ella escondió el seno izquier-

do. Y con cuidado le dio el seno derecho. Y él volvió a quedar así pegadito, así calladito... Y ella, entonces, volvió a pensar en su hombre. Y así pensando, pensando, se durmió. Y soñó, soñó, y soñó que su hijo, lejos, lloraba, y, corriendo, corriendo, despertó. Pero su hijo estaba dormido, así calladito. Sólo había sido un buen sueño. Y tuvo grandes deseos... Iba a despertarlo, pero se detuvo. No, no podía hacerlo; no se atrevió. Tuvo miedo; pensó en su hombre. Callado. Y así pensando, pensando, ya no volvió a dormir. Esperando, miraba a su hijo.

Y amaneció. A través de la puerta del rancho miró el río, miró el maizal, miró el monte. Con cuidado bajó del camastro. Prendió el fogón. Llena de sed, bebió el agua fresca del "tulo". Y así sentada esperó. Le dolían los párpados. Por allí andaba la ceniza del sueño. Y, de repente, sintió una gran alegría, y el corazón se le llenó de gozo. Ya no era sueño. Ya no estaría sola, rodeada de silencio... ¡Su hijo ESTABA LLO-RANDO! ...

Recién salían las horas desde la piel del agua.

David, Chiriquí, 1952

BAJAN LOS CADAVERES

Las grandes hojas hunden sus limbos en el lomo de las aguas funerarias, con un temblor sexual.

Hace poco bajaron los cadáveres, hinchados y blancos, de tres indios; primero bajó la sangre que abrió la degollina... Es que los cuerpos, los cadáveres entre los ríos, bajan lentamente; como si de la carne muerta nacieran raíces que van arañando el fondo prieto... Bajan; se detienen; se hunden; suben; vuelven a hundirse. Así pueden gastar horas, días y aun semanas; hasta que algo los detiene; hasta que se hunden definitivamente; hasta que, corrompidos por los billones de gérmenes, se disgregan, y sus partes, sus vísceras violentas, nauseabundas, son comidas por peces y crustáceos, o por los grandes galápagos hambrientos.

Desde hace dos días bajan los cadáveres, como balsas funerarias. El cuerpo de la mujer ha ido quedando rezagado. Los cadáveres de las mujeres, en los ríos, bajan más lentamente que los de los hombres, acaso porque sus largas cabelleras se enredan fácilmente en las empalizadas; acaso porque son mujeres, sencillamente... Baja desnuda. La degollaron de último. La tiraron de último; la violaron antes. Así se desquitaron. Fue que creyeron que era mucho el dinero de los indios. Después los cuatro asesinos se perdieron, con la noche, entre bejucos y caminos. La noche es negra; demasiado negra... A lo lejos, los perros ladran desde la sombra de los ranchejos oscuros; ladran al horror que araña sus nervios nocturnos. Acaso presientan la erranza de los tres cadáveres que bajan, putrefactos, las aguas. Acaso las aguas den al viento particulares resonancias, cuando entre su vientre bajan los cadáveres.

Río oscuro, río inmenso, río que hablas un dialecto extraño, la noche te busca por los caminos viejos de las lluvias y los silencios amargos. Río que hiedes a caballo y a hombre, la noche te busca en un abrazo interminable.

Oye, río viejo, la plegaria del indio y de la piedra, que en la más alta noche eterniza su canción indescifrable. Río viejo, por tus orillas de sombra y de ceniza, los indios, los viejos indios altos, silenciosos, buscan los huesos de su ancestro poderoso. Hoy, un indio, un indio viejo, busca entre tus aguas, desde la ribera, el rastro, los huesos de tres cadáveres, y amenaza, y llora en silencio.

Río antiguo, ayer, nada más ayer, la india Ni-Olo parió otro niño junto a tus orillas y tus aguas lavaron el cuerpecito prieto. Te bendijo.

Río antiguo, ayer, nada más ayer, el indio Seri te maldijo porque tú le robaste su hijo...

Te maldijo en todo su horror: "Río de mierda, mala sequía te mate".

— "¡Ñu isi! ¡Ñu isi! "

Amanece. Las grandes flores extienden sus pétalos sexuales.

Una canoa baja las aguas lodosas. Un grito, una saloma. El hombre hunde el canaleta violentamente. Le huye a un remolino. Lo pasa acercándose a la orilla. Vuelve la saloma... En una revuelta, el hombre y la canoa se pierden.

Acá, más arriba, un martín pescador vuela a ras del agua. Sube un rumor vegetal. La neblina.

— Este es el charco!

— Allá, en aquella empalizada.

Bajan los hombres. Cinco pescadores. Traen listo "el bollo de dinamita". Es grande la empalizada. Es hondo el "charco"... Bajan silenciosos los tiradores de dinamita. Observan las aguas. Una voz susurra:

— ¡Cual 'ta el peje, ca...!

Se desnudan. Alguien saca el "torpedo". Enciende un tabaco. Los otros lo miran...

— ¡Listo!

Cae a las aguas el pedazo de dinamita. No hace ruido casi. Aun así, algunos peces se asustan... Silencio... Suben unas burbujas pequeñas. Y de pronto el estremecimiento que viene del fondo, y un lirio de aguas violentas. Unos peces saltan locos. Otros emergen muertos, con las vísceras violentadas. Es grande la matanza... Se tiran los hombres. Comienza la recolección. Las voces...

— ¡Mucho pargo galano, ca...!

— ¡El sábalo!

— ¡Allá pa' la corriente! ¡Va pa' la cola 'el charco! ¡Ta aturdió namaj!

— ¡Que no se pierda, que está bien cria!

Nadan, bucean los hombres.

Y de pronto uno de ellos ve el cuerpo hediondo; una gran cabellera le cubre parte del rostro; lo que fue el rostro. Le faltan los labios. Está desnuda. Es miedo.

— ¡Miren lo que hay aquí, carajo!

Ya lo ven todos. Salen del agua. Se santiguan. Rezan. No se dirigen palabra alguna. Sin decirlo, todos se visten. El cuerpo descarnado comienza a bajar, nuevamente. No lo sacan. Se alejan. Acaso rezan en silencio. Alguien se atreve a decir:

— De seguro ejtaba en la "ramazón"... Lo sacó el "tiro".

Lo sacó el tiro... Lo sacó el tiro... Es el eco en los farallones...

Es el eco sobre el lomo funerario de las aguas.

Bajan los peces muertos, y bajan, siguen bajando siempre, las aguas funerarias.

David, Chiriquí. 1953

NI-OLO

A veces la noche sabe a tierra. A veces la tierra sabe a lluvia, a sombra, a viento, a sombra. A veces la noche, la tierra y la lluvia dicen palabras que dan dolor; un dolor que viene del mundo (y sombra y viento), como piedras sobre los cuerpos de los indios. Y entonces el dolor se hace grande y duro, y le duele a la yerba y le duele a las raíces de los grandes higuerones, y le duele a las bestias, y a la hormiga...

Y, ahora, a él, al indio, adentro, le duelen las palabras oscuras que aún están diciendo la noche, la lluvia y la tierra. Y él piensa que, a veces, Tata Dios, Nubú, no quiere a los indios; porque Tata Dios hace las crecientes y las "cabezotas de agua"... Y, casi cerca, casi dolorosamente cerca, oye la furia del correntón; pero él no ve la creciente. Y él oye, también, el pugido largo de la lluvia, y la siente; pero él ve los goterones de agua sólo cuando "fucila" en el cielo sonoro, hondo y sonoro de tormenta... Y él está entre el chubasco; en cuclillas. Porque desde que comenzó a anochecer (y la angustia) él ya no tuvo deseos de seguir caminando; porque, desde la noche y la lluvia, él tiene, adentro, el dolor y la pena..., como piedras sobre el cuerpo...

A veces el pastizal huele a caballo y a sombra. A veces la noche huele a caballo y a yerba. Pero la noche de hoy ha crecido con olor a tierra y lluvia y piedras, y es casi un dolor. Y el indio siente el dolor y la pena y la piedra. Y piensa en Ni-Olo y en el agua. Y él sabe que si Ni-Olo estuviese a su lado, las cosas no estarían llenándose de ese dolor... Y recuerda cuando él estuvo muchos días enfermo con la tos, y Ni-Olo le hizo "cocimientos" de quean-o-do. Y recuerda también cuando le salieron "nacidos" en la espalda, y Ni-Olo le puso

los "parches" de caraña. Y él recuerda, también, cuando allá en la montaña se levantó la siembra, hermosa como oración a Nubú; porque, entonces, fueron las manos de él y las manos de ella las que trabajaron la tierra. Y recuerda la alegría de caminar los caminos; porque era alegría sentir que tras él, por sendas de silencio, iba siempre Ni-Olo.... Porque Ni-Olo....

Y vuelve a pensar en la lluvia, en la noche, en la tierra; porque, arriba, "horita", nuevamente, se le desbarrancaron los pedregones al trueno. Porque, ahora, cuando él piensa en la lluvia, también piensa en Ni-Olo... Y cuando él piensa en Ni-Olo, también piensa en el agua. Y, "horita", él se ha puesto a pensar que, a veces, Tata Dios si quiere a los indios, porque Nubú-Bama hizo el agua. Porque él recuerda que antes de morir Manlí, fue Ni-Olo quien la cuidó y le dió a tomar agua; porque no se debe morir con sed; porque si así ocurre, el alma estará mucho tiempo en la tierra, bebiendo sorbito a sorbito el agua de los "tulos" (porque sólo así puede tomar) hasta que se le quite la sed..., la muchísima sed de los muertos...

A veces la noche sabe a tierra, a veces la tierra sabe a lluvia. Y, a veces, la lluvia, la tierra y la noche dicen palabras que dan dolor... Y él sabe que si Ni-Olo estuviese a su lado, cerquita a él, las cosas no estarían llenándose de dolor y de pena... Pero ya Ni-Olo no estará más con él; porque hoy, cuando empezaba a anochecer y mientras cruzaban el río, se les vino encima, de pronto, la "cabezota de agua", y a Ni-Olo se la llevó la creciente... Se la llevaron las aguas... Y un anti-quísimo, misterioso consuelo llega con raíces de tiempo y de lluvias...

Porque Ni-Olo no caminará entre las noches (muchísimas lunas), voces de una erranza, buscando el agua dulce de los "tulos"; él sabe que Ni-Olo estará siempre junto a Nubú-Bama, el buen Dios de los indios; o caminando por entre senderos claros de silencio.

I COIN

(EL BUEN MAIZ)

"Por el maíz hablan silenciosamente los tiempos remotos y los hombres remotos, produciéndonos ligadura máxima: la tierra se incorpora a nuestras armaduras anatómicas y a nuestros laberintos del espíritu por el mensaje y la comunión del maíz. Y lo que somos, ser y esencia, vuelve a la arcilla matriz para cumplir el mandato máximo del universo que es rotación por la eternidad".

ENRIQUE GARCÉS.

Una vez el íntimo deseo de luchar, de hacer vivir, se hizo, nuevamente, con el amor a la mujer y a la tierra... Fue el amor del indio por su india... Fue el amor del hombre por la sementera fecunda... Fue mujer naturaleza metida en el hondón del alma... Fue una vez.

Saltó la huída, adelgazada por el miedo, de los bugrillos. Vino el trueno. También la fuga del venado fue de oxígeno, o de lluvia. Oscureció el salitral. Quedó, mecido, el espanto acuático de las oropéndolas; racimo de miedo.

Sentado en cuclillas, el indio piensa en la sementera grávida, y el pecho se le llena de una íntima fiesta. Oye unos ruidos conocidos, pequeñitos, y vuelve el rostro. Su mujer

desgrana, en silencio, unas mazorcas de maíz. La mira, y en el pecho le crece la fiesta. Ella lo vuelve a ver. El le dice, bajito: ¡Coin... (El buen maíz). En un rincón del rancho, el agua de la tinaja se llena de frescuras. Cerca se oyó una canción del "blanco":

—Yo h'andado por todo el mundo, rodando como un corozo... Resonó un trueno, alto como los tres mil trescientos metros del Talamanca. Crestería Talamanca, madre y padre del chubasco y de la neblina.

El indio ama la tierra. Hace muchos años que el indio viene haciendo vivir la tierra; tantos que se pierden en un puro recuerdo de lunas y de inviernos. Si hasta los huesos de los primeros o de los segundos abuelos se han vuelto mismita tierra; como los frutos caídos, mismita tierra.

Así fué. Y el indio Harí, en su tierra, en su buena tierra, dió trabajo a un hombre blanco. Era alto el blanco, extraño, lleno de silencios, o de un mal silencio. Cuando llegó, traía una mochila en la espalda, un machete en la cintura y una escopeta en la mano derecha. Venía de las fincas de la Unifruco. "Venía huido". De seguro que se llevó por delante a algún cristiano. "Se lo llevó de a madre", y por eso huyó. Acaso por casualidad llegó al rancho de Harí y "le pidió quedarse".

Gran acontecimiento para el indio, en verdad, ser patrón de un hombre blanco... Que Harí, el indio, nunca quiso trabajar en las fincas. Allí vivió un tiempo, era un niño entonces, y su padre trabajaba en los bananales. Y ese pasado lo recuerda lleno de voces, ruido y gentes extrañas. Cuando murió el "taita", subió a la montaña, a trabajar la tierra, y ya no quiso abandonarla. Si algunas veces la dejó, fue solo por días. Muy de tarde en tarde, bajaba a vender algo de sus cosechas, o unas sortijas de tumbaga; quien sabe en que secretos sitios o desde que lejanos tiempos obtenía los metales. Oro, plata y cobre, unidos por luminoso y legendario poder. Cierta vez bajó a comprar una marrana, y la compró preñada; quería la cría. Esa vez durante el regreso, casi se hunde la piragua en una torrentera; le tocó toparse con parte de una "cabezota de agua"... Talamanca misterioso y furioso; si él no vió "cerrazo-

nes" en la crestería; si no estaban oscurecidas las cabeceras; si era la neblina. Pero es el Talamanca; que el Talamanca se complace en engañar al hombre, a veces...

Y el blanco le ayudó a trabajar la tierra. La nueva siembra. El día siguiente a la llegada del blanco, construyeron un nuevo rancho. No podía compartir con el blanco el rancho de él, del indio y de su mujer. Trabajaron la tierra. Algunos días después el blanco se enfermó; de abajo traía la fiebre. Ellos lo atendieron. Varios días fue solo el indio a la sementera. Y ya el blanco estaba enamorando a la mujer del indio. Y sanó el blanco. Y juntos volvieron los hombres a la sementera.

Hace muchas lunas que Harí no baja a las fincas. Ahora irá a vender algo de la pasada cosecha. El blanco le ha pedido dinero. Pero el blanco no quiere acompañarlo. Irá solo. Algo debe y teme el blanco. Así piensa Harí...

Tres días dura el viaje del indio. Unos chinos le compraron la "carga". Tres días. Y los aprovechó el blanco. Lo hizo de a madre. La india rompió un antiguo silencio. Se oyó también el grito espantado de las oropéndolas. En los barrancos encendióse nuevamente el pánico adelgazado de los bugrillos...

Harí llegó con la tarde. Nada le habló de una angustia. También la neblina apagaba los rostros y las voces. En unos "tulos", le crecían fermentos antiguos al maíz... Ahora crecía la noche en los ojos redondos de los "guardacaminos". Hubo luna de piedra...

Al día siguiente el blanco no quiso ir a trabajar... Harí fué solo a la sementera. Bajó a las hondonadas. El río y el maíz. Resonancia y verdura... Ahora es más grande la siembra... El otro pedazo que sembró el blanco... Levantan la neblina y un olor de piedra, o tierra... Arriba gime la insinuación miedosa del chubasco.

El blanco va donde la india que, baja la cabeza, desgrana maíz: -Vente conmigo ya. Este indio no te va a dar nunca lo que yo puedo darte. Te llevaré al pueblo. Ropa bonita. Sortijas. Adornos. Todo (En el pecho de la india estaba un silencio). -Vente, vamonós. No seas bruta. Vamonós... (En el corazón de la india había un silencio). Sortijas. Aretes. Telas. -Virás en el pueblo. (Por la sien izquierda de la india subía un

silencio). Se apartó el hombre. Fue a buscar el machete, la mochila y la escopeta. Regresó. Ya no insistió. La tomó fuerte de un brazo. La levantó. La india se dejó llevar. Llena de silencio, se dejó llevar. Y la alegría del blanco. (Bueno el pecho joven de la india. Bonitos el vientre y la piel de la india). Caminan. Caminaron. Caminan. Ya el blanco no la agarra. Caminan.

Ha comenzado a llover, y Harí regresa de la sementera... Buscó a la mujer... Buscó al blanco. Llamó... Buscó la escopeta y las cosas del blanco... Comprende... Su mujer... Piensa... Crece un dolor... Piensa. Ella... La dejará ir. Los dejará ir... Ella... No. Es su mujer. Es su tierra: su buena tierra... Es él que las ha hecho vivir. A veces es dura la tierra, y entonces crece la lucha o la vida... La tierra...

Buscó su escopeta. Y los sigue. Los alcanzará. No carga la escopeta. Guarda muy bien el único "tiro" en el bolsillo. Camina. Camina a grandes pasos. Crece el sudor... Piensa en la tierra y en la mujer. Camina... Varias horas después los alcanza. Los llama. No piensa matar. Lo dice su rostro. Lo comprende el blanco, y sigue caminando...

Ahora el indio camina a su lado: —Devuelve mujer. Mujer mía. Te digo devuelvas mujer. (Sigue caminando el blanco) —Devuelve mujer. Yo digo devuelve mujer. Esa mujer mía. (Y sigue caminando el blanco... Y el silencio en la india)... Y el indio a un lado del blanco. Y el blanco que piensa: "Cholo bruto, y en una me lo llevo... Ya está buena la canción". Y el indio al lado del blanco. —Devuelve mujer. Dame mujer... Y el indio saca el cartucho, y carga la escopeta. Ya no piensa más el blanco, y mide al indio. Suena el disparo, y el blanco rueda por el suelo. Lo empujó la india. Cuantos pensamientos. Desvió el tiro. El blanco en el suelo; a su lado el indio... Se levanta ágil, el blanco... El machete en la mano. El filo luminoso. Se le va encima al indio. Pero cae con el pecho partido por los perdigones violentos, y un ruido que aturde la sangre... Luego un silencio... Se miran los indios. Ella baja la cabeza. Ahora el indio comprende todo... Regresa. Da unos pasos. Se detiene, y se vuelve para mirar a la india. Ella se ha quedado quieta. La mira. Lo mira. El baja la cabeza, y vuelve luego

a emprender el retorno... Ella lo sigue. Caminan lentamente. Ella va tras él, casi pisándole los talones... El indio piensa en la mujer y en la tierra... Un extraño júbilo en el pecho... Crecerá dulce y grande el maíz... Acaso morirá el que sembró el blanco...; que fue sembrado por malas manos, y cuando eso sucede el grano se daña, se muere; porque entonces Nubú no lo cuida... Crece la tarde. Pronto se encenderá el grito de los guardacaminos... El adelante. Ella detrás de él, casi pisándole los talones. Un buen silencio, y en los pechos un júbilo antiguo. Y él le dice, casi como un susurro, y como si las palabras llegaran desde un legendario y misterioso hundimiento en la vida: —I Coin... (El buen ma(z)...

David, Chiriquí, 1954.

INDICE

Página

I. DEDICATORIA	5
II. INTRODUCCION	7
III. DOS JUICIOS CRITICOS	10
1. LA FUGA -1948-	11
2. LA ESPERANZA -1949-	15
3. HUESOS -1961-	17
4. CASI ARBOL -1962-	21
5. LA CULEBRA -1962-	23
6. EL ALBA SE HIZO CON UN LLANTO -1962-	27
7. BAJAN LOS CADAVERES -1963-	31
8. NI - OLO -1963-	35
9. I COIN -1964-	37